



ANARQUISMOS NO OCCIDENTALES

REFLEXIONES SOBRE EL CONTEXTO GLOBAL.

JASON ADAMS

La Neurosis o Las Barricadas Ed.

lmentales

Jason Adams

ANARQUISMOS NO OCCIDENTALES
REFLEXIONES SOBRE EL CONTEXTO GLOBAL

La Neurosis o Las Barricadas Ed.



Non-Western Anarchisms: Rethinking the Global Context

Jason Adams

Zabalaza Books

Fordsburg (Sudáfrica)

2003

Anarquismos no occidentales. Reflexiones sobre el contexto global

Jason Adams

La Neurosis o Las Barricadas Ed.

2ª Edición

Madrid

2015

<http://www.laneurosis.net/>

info@laneurosis.net

Se recomienda encarecidamente la reproducción o copia de cualquier parte o la totalidad de este libro que tienes entre tus manos, siempre que sea sin fines comerciales.

ÍNDICE

Introducción	9
I. Anarquismo en Asia: China, Corea, Japón e India	25
II. Anarquismos en África: igbo, Egipto, Libia, Nigeria y Sudáfrica	45
III. Anarquismo en América Latina: Argentina, Uruguay, Brasil, Chile, México y Cuba	53
IV. Anarquismo en Oriente Medio: Armenia, Líbano, Turquía, Palestina	69
V. Conclusión: implicaciones para la corriente anarquista del siglo XXI	73
VI. Bibliografía	87

El futuro del anarquismo debe valorarse en un contexto global; cualquier intento de restringirlo a una zona estará abocado a un resultado distorsionado. Los obstáculos para el anarquismo son, por lo general, globales; solo sus aspectos concretos están determinados por las circunstancias locales.

Sam Mbah

Nosotros somos revolucionarios para los reaccionarios de hoy, pero para los revolucionarios de mañana nuestros actos habrán sido propios de conservadores.

Ricardo Flores Magón

INTRODUCCIÓN

El objetivo de este artículo es ayudar a los movimientos anarquistas/antiautoritarios en activo a volver a conceptualizar la historia y la teoría de la primera ola del anarquismo a escala global, y reexaminar su relevancia para el proyecto anarquista en curso. Sin embargo, si se quiere entender realmente toda la complejidad e interrelación del anarquismo como movimiento mundial, es sumamente necesario cambiar hacia un enfoque específico sobre la naturaleza única y la acción de los movimientos entre los *pueblos sin historia*. Esto es así porque la historiografía del anarquismo se ha centrado casi por completo en estos movimientos como si hubiesen pertenecido a los pueblos de occidente y del norte, mientras que los movimientos entre los pueblos de oriente y del sur se han pasado por alto en gran medida. Como resultado, da la impresión de que los movimientos anarquistas han surgido principalmente en el contexto de los países más privilegiados. Paradójicamente, lo cierto es que el anarquismo ha sido principalmente un movimiento de las regiones y pueblos más explotados del mundo. Si la mayor parte de la literatura anarquista disponible no cuenta esta historia no cabe atri-

buirlo forzosamente a una indiferencia maliciosa hacia los movimientos anarquistas no occidentales, sino más bien al hecho de que, incluso en el contexto de la industria editorial radical, no se han superado realmente los siglos de arraigado eurocentrismo. Esto ha ido cambiando en cierta medida, ya que solo en la última década ha habido varios intentos de reexaminar pormenorizadamente esta historia en ciertos países y regiones no occidentales, con trabajos como *Anarchism in the Chinese Revolution* (*Anarquismo en la Revolución China*) de Arif Dirlik, *African Anarchism* (*Anarquismo africano*) de Sam Mbah y *El anarquismo en Cuba* de Frank Fernández. Este artículo sigue los pasos de esta tradición reciente para adentrarse aún más en el terreno, relativamente nuevo, de evaluar, comparar y sintetizar sistemáticamente las conclusiones de todos estos estudios, junto con un trabajo de investigación original, para así desarrollar un conocimiento más global del anarquismo y su historia.

Para comenzar nuestra investigación, primero debemos aclarar lo que queremos decir en realidad con el término «anarquismo occidental». Retrotrayéndonos a los debates dentro de la Primera Internacional, rápidamente se hace patente que dicho término resulta inapropiado, puesto que en realidad es cierto lo contrario: el anarquismo siempre provino más del oriente/sur que del occidente/norte.

Como ha señalado Edward Krebs, «Marx (y Engels) vieron idiosincrasia rusa en las ideas y en el comportamiento de Bakunin», mientras que «Bakunin expresó su temor de que la revolución social fuese a caracterizarse por el pangermanismo y el estatismo». Este debate ha llevado a algunos a situarlo básicamente entre las versiones occidental y oriental del socialismo, uno marcado por un compromiso fundamental con el orden y el otro por un compromiso fundamental con la libertad (1998: 19). En este sentido, el anarquismo puede entenderse como una interpretación *oriental* del socialismo más que como una tradición totalmente occidental en el sentido habitual del término. Al mismo tiempo, no hay que olvidar que también se desarrolló una división extremadamente conflictiva norte-sur entre los países más desarrollados de Inglaterra y Alemania, y los países semi-periféricos menos desarrollados de España, Italia, etc. Esta división se basaba en diferencias de la realidad material, pero se desarrolló principalmente a lo largo de líneas ideológicas, con los países anglosajones del norte poniéndose de parte de Karl Marx, y los países latinos del sur poniéndose de parte de Mijaíl Bakunin (Mbah, 1997: 20). Así, lo mismo en el sentido oriente/occidente que en el norte/sur, el anarquismo ha sido a menudo la teoría preferida por los pueblos más oprimidos, sobre todo en aquellas sociedades que por

su naturaleza principalmente feudal quedaron excluidas de la acción histórica en la interpretación marxista del mundo. Esto puede explicar en gran parte por qué el anarquismo se volvió tan popular en toda América Latina, y por qué a los anarquistas que emigraron de los países latinos de Europa se les recibió tan bien en todos los países que visitaban intentando difundir las ideas anarquistas.

Así, al utilizar la etiqueta «occidental» no me estoy refiriendo a la historia real del anarquismo, sino más bien al modo en que se ha construido el anarquismo a través de las múltiples lentes del marxismo, capitalismo, eurocentrismo y colonialismo, hasta ser entendido como tal. Este anarquismo distorsionado, descontextualizado y ahistórico que ahora conocemos, lo construyeron principalmente intelectuales que escribieron desde el contexto de los países centrales de Occidente: Inglaterra, Alemania, Francia, Italia, España, Canadá, Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda. Como no ha habido prácticamente ninguna subversión real de la interpretación eurocéntrica del anarquismo hasta la década de 1990, la inmensa mayoría de la literatura disponible que pretende proporcionar una *visión general* del anarquismo está escrita de tal forma que induce a creer que el anarquismo ha existido únicamente dentro de este contexto, y raramente, o nunca, fuera de él. Por lo tanto, el anarquismo

al que se da amplia difusión es el que se ha terminado identificando con Occidente, a pesar de sus orígenes orientales: Kropotkin, Bakunin, Godwin, Stirner y Goldman en la primera ola del anarquismo; Meltzer, Chomsky, Zerzan y Bookchin en la segunda y tercera ola del anarquismo. Raramente se mencionan figuras tan influyentes de la primera ola como Shifu, Atabekian, Magón, Shuzo o Glasse; un destino parecido se le impone a figuras comparables de la segunda y tercera ola, como Narayan, Mbah y Fernández —todas ellas de origen no occidental—. Esta construcción del anarquismo como occidental ha conducido, por desgracia, a un eurocentrismo impremeditado que aparece en los escritos de muchos teóricos y escritores de la segunda y tercera ola. Su trabajo se convierte entonces en el estandarte de lo que el anarquismo significa realmente para la mayoría de personas, según se imprime y reimprime, vende y revende constantemente en ferias del libro, *infosshops*, librerías anarquistas y otros lugares, según se cita y analiza, se compara y debate en círculos de lectura, artículos académicos, reuniones sociales, fiestas, manifestaciones, reuniones y piquetes. Claramente, en los movimientos anarquistas de segunda y tercera ola se ha venerado este *anarquismo occidental*. El resultado ha sido que gran parte del anarquismo ha pasado de ser una tradición popular entre los más explotados de las sociedades

de todo el mundo a convertirse en poco más que una vaga combinación de una curiosidad académica para intelectuales elitistas occidentales y una efímera fase rebelde de la juventud que al final, con la edad, se supera.

Este artículo muestra una interpretación alternativa, con la esperanza de que este sino se pueda cambiar: el anarquismo, en el primer cuarto del siglo XX, fue el mayor movimiento antisistema en casi todas las partes del mundo, no solo en Occidente. Si tenemos en cuenta que más de tres cuartas partes de la población mundial se hallan fuera de Occidente, rápidamente queda claro que el anarquismo en realidad puede atribuirse un mayor número de seguidores fuera de Occidente que en su interior. Por lo tanto, es justo decir que el anarquismo no solo ha sido un movimiento mundialmente significativo desde su mismo comienzo, sino que desde sus inicios ha sido también un movimiento principalmente no occidental. Este hecho básico se confirmó con el surgimiento de la segunda ola del anarquismo, que abarca desde finales de la década de 1960 hasta principios de los 70, en India, Argentina, México y Sudáfrica (Joll, 1971: 171). A su vez, la tercera ola del anarquismo, que ha alcanzado la popularidad desde finales de la década de 1990 hasta el presente, también vuelve a confirmar esto gracias a los movimientos renacientes en Brasil, Argentina, Corea, Nigeria y

en otros lugares. Este ensayo en particular, sin embargo, es relevante para reexaminar de forma crítica la primera ola mundial del anarquismo, con el fin de permitir a los anarquistas pensar de una forma más integral y efectiva sobre la relevancia del pasado y su efecto a largo plazo sobre el presente. Este intento de criticar la visión reducida del *anarquismo occidental* debe, por supuesto, llevar a un conocimiento más preciso de la importancia y potencial de la segunda y tercera ola del anarquismo, tanto en el presente como en el futuro. Ciertamente, una motivación parecida impulsó la crítica al leninismo/estalinismo que se difundió tras los sucesos de inspiración anarquista de Mayo del 68, así como la crítica del maoísmo que llegó tras el Movimiento Democrático de finales de la década de 1970 en China, contribuyendo ambos en gran medida al desarrollo de la segunda y tercera ola del anarquismo en todo el mundo.

Pero, al trabajar en la crítica de nuestra interpretación del pasado, hay varios puntos que deben tenerse en cuenta en todo momento. Una interpretación superficial de la historia contextual que envuelve estas olas del anarquismo podría fácilmente parecer estar descubriendo varias «etapas históricas». Por ejemplo, es fácil percibir que la primera ola del anarquismo declinó en todo el mundo con el surgimiento de los bolcheviques, o que el declive del socialismo de Estado

desde 1989 fue el eje sobre el que regresó el anarquismo en su tercera ola. Aunque ambas afirmaciones son ciertas hasta cierto punto, la tentación de sistematizar y esquematizar los movimientos sociales globales, con el fin de hacerlos más fáciles de digerir, debe tomarse con gran cuidado y sutileza. De hecho, a menudo es un paso que no debería emprenderse en absoluto. La razón es que nunca se pueden comprender por completo los matices y la complejidad de los miles de movimientos sociales que han latido en las sociedades no occidentales a través de la lente de una teoría única que lo abarque todo: incluso factores de diferencia social aparentemente pequeños pueden dejarlos sin valor. Por ejemplo, mientras que en gran parte del mundo el anarquismo decayó después de la Revolución de Octubre de 1917, en grandes zonas del planeta este fue precisamente el momento en el que el anarquismo creció hasta un nivel de popularidad sin precedentes. En estos países, esto se debió en gran parte a la saturación de publicaciones periódicas con orientación anarquista en un idioma local en particular —lo que significó, por supuesto, la transformación del anarquismo en el filtro más importante para la interpretación alternativa general de la naturaleza de los sucesos en el mundo—. En otras palabras, una variación bastante pequeña en el idioma y las condiciones sociales entre una región del mundo y otra convir-

tió en completamente indefendible cualquier afirmación que generalizase sobre la importancia global del ascenso de Lenin al poder. O, por ejemplo, si a alguien se le ocurriese plantear que el comunismo primitivo ha sido «inevitablemente» reemplazado por el feudalismo, sucedido indefectiblemente por el capitalismo, el socialismo y finalmente el comunismo, esta persona estaría negando toda la historia de los socialismos híbridos africanos. Estos intentos de construir leyes universales en la interpretación de la historia son el tipo de cosas que deben evitarse deliberadamente para entender la importancia de la diferencia en la creación del *todo*. De hecho, como ha mostrado Theodor Adorno en *Dialéctica negativa*, solo mediante la negación y la diferencia se puede concebir el proceso histórico en su totalidad (Held, 1980: 205).

Así, aunque el mundo ha estado conectado a escala global ya durante varios siglos y que, como consecuencia, parecen existir muchos patrones, es importante recordar que esta conexión también ha sido totalmente desigual, caótica e impredecible. Como resultado, lo que es verdad para una región en particular no lo es para otra, y lo que es verdad para un país en particular en una región en particular a menudo no lo es para una subregión de su interior. Por ello, las declaraciones universales sobre la historia tienden a desmoronarse muy fácilmente cuando se someten a la prueba

del juicio crítico. Esta crítica se vuelve especialmente simple entre los representantes de lo peor de este pensamiento determinista. Por ejemplo, como Sam Mbah ha señalado, muchos intelectuales de orientación marxista han llegado al extremo de argumentar que el colonialismo puede entenderse como algo *bueno*, ya que ha permitido a todas las partes del mundo alcanzar la *etapa* capitalista de la historia, una condición previa y, por supuesto, *necesaria* para la dictadura del proletariado. Con el fin de evitar este tipo de absurdos universalistas, en este artículo he optado por concentrarme no solo en lo positivo de la semejanza y homogeneidad entre regiones dispares, sino también igualmente en la negación, la heterogeneidad y la diferencia. Es decir, intento descubrir lo que hace únicos a los anarquismos de los diferentes países, regiones y subregiones no occidentales, sin perder de vista sus posibles aspectos en común y en cómo se han interconectado. Tengo la esperanza de que, con esta elección, habré realizado una contribución mayor al futuro del proyecto anarquista global, al elegir conscientemente no definir las historias de las sociedades no occidentales por ellas. En vez de ello, dejo que las historias particulares hablen por sí mismas, trazando conexiones donde realmente existen y, a su vez, permitiendo que las contradicciones surjan de forma

libre y natural. Lo hago así deliberadamente, ya que este sería el enfoque de quien se considere un aliado.

A pesar de mi decisión de evitar adoptar una teoría que lo abarque todo, he querido concentrarme principalmente en un periodo de tiempo en particular: desde finales del siglo XIX hasta el final del primer cuarto del siglo XX. Aunque los anarquistas de la segunda y tercera ola habitualmente describen este periodo como competencia de lo que llaman anarquismo *clásico*, sostengo que el anarquismo siempre ha sido una tradición descentralizada y diversa. En vez de reducir un periodo entero a lo esencial por su pertenencia a una u otra ideología, prefiero centrarme en la primacía de la contradicción y la diferencia, utilizando el concepto de «ola» como medio para entender las fluctuaciones en la propagación de los anarquismos más que como un modo de definir la naturaleza de los anarquismos en sí. Aunque esto parezca colocar un marco temporal alrededor del desarrollo de una corriente histórica ideológica que no necesariamente se puede encuadrar así, mi enfoque a este respecto no tiene que ver con la búsqueda de marcos temporales, sino más bien con la refutación y deconstrucción del concepto de anarquismo *clásico* como un conjunto homogéneo de ideas que puede ubicarse en un tiempo y lugar específicos. Esto es así porque creo que esta noción del anarquismo clásico desem-

peña un papel clave en la construcción del concepto de anarquismo occidental, puesto que este concepto se desarrolló en el contexto de Occidente y nunca se utiliza tal terminología para referirse al anarquismo no occidental. Paradójicamente, al centrarme en un periodo concreto, estoy realmente intentando deconstruir la falsa dicotomía entre corriente *clásica* y corriente *posmoderna* del anarquismo, con el fin de mostrar que estas interpretaciones temporales del desarrollo *progresivo* de las corrientes anarquistas son, en última instancia, erróneas. La razón es que estas ni por asomo reconocen todo el espectro de pensamiento que ha existido a escala global en la historia de las ideas anarquistas, ni tampoco reconocen las conexiones directas entre las primeras ideas y las ideas más recientes.

Si el *anarquismo occidental* es un constructo eurocéntrico, entonces, por supuesto, el *no occidental* también debe de ser en cierta medida problemático. Lejos de mi intención está, usándolo, dar la impresión de que las sociedades no occidentales pueden o deben considerarse en algún sentido un *mundo* homogéneo único. Tampoco puede deducirse que dentro de Occidente mismo no haya pueblos que, de forma original o ancestral, pertenezcan a sociedades no occidentales o que estos pueblos nunca se hayan dedicado a actividades anarquistas. De hecho, un estudio más completo